

**- HOMILÍA DEL PRIMER DOMINGO DE CUARESMA -**  
**SAGRADA FAMILIA (BARCELONA)**  
**CARDENAL LUIS ANTONIO TAGLE**

Damos gracias a Dios por convocarnos y reunirnos como una sola comunidad de fe en este primer domingo de Cuaresma. Os doy las gracias a todos, especialmente a los jóvenes y a la Pastoral Juvenil Diocesana de Barcelona, que ha organizado los actos de ayer y la celebración eucarística de hoy. Unas palabras de agradecimiento a Su Eminencia el Cardenal Omella por su amable invitación a mí y a la comunidad filipina.

El tiempo de Cuaresma es bastante largo: 40 días. ¿Por qué tan largo? Porque necesitamos un largo período de tiempo para convencernos y prepararnos a caminar con Jesús hacia Jerusalén. Cuando nuestros amigos nos invitan a una fiesta, o a un concierto, o a ir de compras, o a comer tapas y beber cerveza, o a unirnos a un crucero por islas tropicales; decimos ansiosa e instantáneamente: “¡Sí!”. Pero si alguien nos invita a caminar con él hacia su muerte por crucifixión y a cargar también con nuestras propias cruces, estoy seguro de que encontraremos excusas para no ir: “Tengo que estudiar para un examen”, “Me duele la rodilla”, “Tengo que ayudar a mis padres en la casa”, etc. ¿De verdad? ¿O es que estamos evitando la cruz de Jesús, las cruces de otras personas y nuestras propias cruces?

En 1521 o hace 500 años, el explorador portugués Fernando Magallanes y sus compañeros españoles llegaron a la parte central de Filipinas. Plantaron una cruz de madera en la isla de Cebú. Con la gracia de Dios, esa simple acción y ese sencillo trozo de madera marcaron el inicio de la fe en Jesucristo entre el pueblo filipino. Desde entonces, la cruz de Jesús ha sido la fuente de fuerza y esperanza para muchas generaciones de filipinos, ya que cargamos con varias cruces en nuestra historia. Y por el misterioso designio de Dios, Filipinas tiene hoy la tercera población católica más grande del mundo.

Hay diferentes tipos de cruces o sufrimientos, con causas también diversas. En Filipinas tenemos cada año una media de 20 a 22 tifones, algunos de los cuales dañan los cultivos listos para la cosecha, las casas y las carreteras, y causan la pérdida de vidas humanas. Las erupciones volcánicas y los terremotos también destruyen vidas y propiedades. Las catástrofes naturales, agravadas por el mal uso y el abuso de la creación por parte del hombre han contribuido al desplazamiento de muchos filipinos de sus hogares. La pobreza y la falta de un empleo adecuado, a menudo enraizadas en la corrupción sistémica, la codicia y la indiferencia, han obligado a muchos filipinos a emigrar

a otros países. Por desgracia, algunos de ellos se convierten en víctimas del tráfico de personas y de nuevas formas de esclavitud. En algunas partes de Filipinas, los violentos conflictos políticos e ideológicos impiden el crecimiento social y económico de las comunidades y provocan el éxodo de los residentes. Algunos jóvenes desesperados caen en los vicios y las actividades delictivas uniéndose a grupos perjudiciales.

Estas son sólo algunas de las cruces que llevamos los filipinos. Si nos fijamos bien, son las mismas cruces que llevan muchas personas en otras partes del mundo. Los filipinos no estamos aislados del resto de la familia humana. A través de nuestras cruces comunes esperamos poder crecer como una familia mundial o global: comprender los dolores de los demás en lugar de ser insensibles, curar las heridas de los demás en lugar de infligir más heridas, sembrar semillas de compasión en lugar de indiferencia, verme en la persona que sufre en lugar de tener prejuicios, promover la justicia y la paz en lugar de propagar el odio. Nuestras cruces van más allá de las fronteras nacionales, económicas, culturales, políticas y religiosas. Si aceptamos nuestras cruces, pueden convertirse en nuestro puente de solidaridad y fraternidad con todas las personas que llevan las mismas cruces. Cuando llevo mi cruz, llevo las cruces de mis hermanos y hermanas. Llevando mi cruz, llevo a mi hermano, a mi hermana.

Sé que cuando experimentamos el sufrimiento, tenemos la tentación de centrarnos en nosotros mismos y olvidar a los demás. Esta es una tentación. Jesús nos muestra el camino para afrontarla. Jesús, como Hijo de Dios, podría haberse eximido de todo sufrimiento. Pero abrazó y llevó la cruz libremente por amor a nosotros. La cruz de Jesús no tiene que ver sólo con el sufrimiento, sino más bien con el amor que está dispuesto a soportar todas las cosas, incluido el sufrimiento, por los que ama. Si uno está verdaderamente enamorado, está dispuesto a morir por el amado. Quien tiene miedo al sufrimiento no puede amar. Vosotros, jóvenes, ¿cómo sabéis que os estáis enamorando? Cuando pensáis en alguien siempre, cuando queréis ver y hablar con esa persona siempre... Pero cuando estás totalmente centrado en la persona que amas, entonces también mueres, mueres a ti mismo, y vives para tu amado. Esta es la cruz de Jesús: el amor que ofrece su cuerpo y su sangre para que los demás vivan. En el Evangelio de hoy, el diablo tienta a Jesús para que abandone la cruz. El diablo le ofreció una forma más fácil y cómoda de convertirse en Mesías: utilizar poderes mágicos para alimentar a los hambrientos, adquirir riquezas ilimitadas y mandar incluso a Dios. El diablo le ofreció a Jesús una misión sin cruz, por tanto una misión sin amor a Dios y al prójimo. Jesús desenmascaró el plan del diablo como una misión falsa, porque se basaba en el egoísmo y el egocentrismo. Esto infligiría más sufrimiento a las personas en lugar de salvarlas. La cruz de Jesús cura nuestro sufrimiento porque es amor humilde, compasión incesante y misericordia infinita. Al elegir la Palabra de Dios como su alimento, al comprometerse a adorar sólo al Dios verdadero y

al obedecer en lugar de poner a prueba a Dios, Jesús eligió la cruz como camino de salvación. Jesús lleva nuestras cruces al Calvario y las transforma en vida nueva en su resurrección. Jesús trae nuestros cuerpos heridos a su cuerpo roto en la cruz. Nos une a su glorioso cuerpo resucitado. En Jesús nadie se queda solo, nadie está aislado.

Concluyo con una historia conmovedora. Lo dice una niña refugiada:

«Nací en la selva. Tuve suerte, me dijo mi madre, suerte de haber nacido cuando tantos a mi alrededor estaban muriendo. Vengo de Myanmar/Birmania, donde miles de personas murieron en la guerra entre las tropas birmanas y los grupos de la oposición. Nací en la selva porque mis padres huyeron de su casa para evitar los combates. Cuando estaba en la escuela primaria, tuve que dejar mi pueblo natal, y desde entonces me trasladé de un pueblo a otro para ir a la escuela. Hasta 1992, visité a mis padres y hermanos durante un año aproximadamente, pero no los he vuelto a ver desde entonces. No he podido volver a casa desde entonces, tras el cierre por parte del ejército birmano de todas las carreteras a lo largo de la frontera entre Tailandia y Myanmar.

Así que tuve que vivir sola –continúa la niña–, estar sola sin mis padres. Tengo parientes que viven por aquí, pero no puedo recibir el mismo amor y cuidado de ellos que mis padres. No puedo hablar con ellos cuando lo necesito. Cuando se enferman, no puedo visitarlos y cuidarlos. Cuando me puse enferma, me di cuenta de lo mucho que echaba de menos a mis padres. La vida de los refugiados es muy difícil. Realmente, necesitaba tener a mis padres al lado de mi cama. Pero no estaban allí. Me ponía a llorar. Fue muy difícil para mí. No pude verlos a causa de la guerra. Entonces me di cuenta de que no era la única que lloraba. Y me consolé. Sé que hay miles de personas que sufren como yo. ¿Cuándo habrá paz en Myanmar? ¿Cuándo terminará la guerra? ¿Cuándo se resolverán las cuestiones étnicas?».

Y concluye su testimonio de esta manera: «Tras años de ir de un sitio a otro, finalmente me instalé en los campos de refugiados de Karenni. Me pidieron que enseñara en las escuelas del campamento. Sin embargo, al cabo de un tiempo me seleccionaron para unas prácticas en Filipinas. En mi tiempo libre, estudié derechos humanos y ahora trabajo con el "Jesuit Refugee Service" en el campo de la educación. Participamos en el apoyo a las escuelas de Karenni de diversas maneras. Soy feliz y puedo utilizar la educación que recibí para ayudar a mi pueblo en estos tiempos difíciles. No era única que lloraba».

Los filipinos lloramos con facilidad, sabiendo que no lloramos solos; Jesús llora con nosotros. Sonreímos, reímos, cantamos, bailamos y comemos (mucho), sabiendo que el Señor Resucitado nos levantará. Queridos jóvenes de Barcelona, mirad a Jesús en la cruz. Mirad a quien os ama con un amor eterno. Él ha cumplido su misión por vosotros.

Ahora id a continuar su misión de amor en la cruz. Dad testimonio de su amor con vuestra fe y solidaridad con los crucificados del mundo.